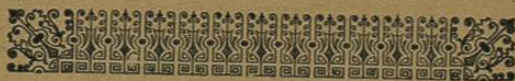


IX



Al atardecer del día siguiente, Lais salió de Atenas acompañada de sus esclavos.

Caminó toda la noche por agrestes senderos. Los rebaños, balando, descendían de las negras montañas, entre nubes de polvo.

A veces, turbando el rumor melancólico de las esquilas, resonaban los ladridos de los perros, que, en un claro del bosque, ladraban á la luna.

En torno de las hogueras llameantes, los pas-

FRANCISCO VILLAESPESA

tores danzaban al son de los pífanos. Y el eco pastoril de sus canciones se perdía vibrando en las oquedades de los montes y en el mar rumoroso de las selvas taciturnas.

Al amanecer, cuando aún no se habían apagado las últimas estrellas, llegó al retiro del penitente.

Iba vestida con sus mejores galas, ungida y perfumada como para un desposorio.

En sus cabellos, teñidos de añil y ligados con lazos de púrpura, resplandecían cigarras de oro esmaltadas de piedras preciosas.

A sus brazos y á sus piernas marmóreas se enroscaban serpientes de pedrería.

Un velo tan sutil como el aire envolvía en una nube azulada las rosas pálidas de su carne.

Esclavos coronados de pámpanos, pendientes de los hombros pieles de pantera, le se-

ZARZA FLORIDA

guían, agitando sus tirsos florecientes, cuyas piñas de oro describían en el aire augurales parábolas de luz.

La tortuga de Apolo exhalaba la dulzura de sus evocaciones, á las caricias sabias de móviles dedos expertos. Y el alma de Pan resucitaba hecha armonía en los registros de las flautas, bajo el aliento cálido de las flautistas.

Dyonisios, de rodillas, con los brazos abiertos y las pupilas fijas en el cielo, clamaba con voz tan apagada, que parecía venir de las profundidades de un sueño:

—¡Misericordia, Señor, misericordia para este pobre pecador!

Su rostro demacrado ardía en el fervor de la súplica, pidiendo protección al cielo contra aquellas apariciones monstruosas que se reían de su piedad, aullando de noche en la soledad

FRANCISCO VILLAESPESA

de su retiro, como hienas famélicas en torno de un cadáver.

¡Lais, siempre Lais! Todos aquellos monstruos tenían algo suyo. Bajo sus pieles de bestia, transparecían las carnes amadas; y los ojos, todos los ojos diabólicos que le cercaban, fosforecían al mirarle, como aquellos que tantas veces había cerrado con sus besos.

Cuando más profundo era su recogimiento, cuando ya casi presentía el soplo del espíritu del Señor, una carcajada sardónica se escapaba de su garganta, como si dentro de él todos los engendros del Mal gozaran martirizándole.

Y su cuerpo entero se estremecía, y el arco de su voluntad temblaba, próximo á romperse, bajo el impulso de aquella risa.

Y un imperioso deseo de huir le arrebatava, de abandonar aquella vida, sintiéndose incapaz

ZARZA FLORIDA

de resistir por más tiempo el martirio inaudito de sus flagelaciones y de sus recogimientos.

Entonces parecía que en el aire se abrían bocas para besarle, labios cuyo aliento le erizaba los cabellos, quemándole, envolviéndole en caricias de fuego.

Los brazos de Lais los sentía tenderse á su cuello, desde profundidades desconocidas; y en su carne resucitaban los antiguos ímpetus, y el encorvamiento de su torso era tan violento que hacía pensar en los esfuerzos de los novillos bravíos al ser uncidos por primera vez al yugo.

Pero su espíritu se sublevaba de nuevo contra la tentación, forcejeando con su propia carne, con tal energía, que recordaba los salvajes pugilatos de los primitivos atletas.

El esfuerzo era tan doloroso, que hasta sentía

FRANCISCO VILLAESPESA

crugir descoyuntado su cuerpo y estallar la sangre en las venas congestionadas.

Su fervor no admitía tregua. El Enemigo espiaba sus más pequeños movimientos para apoderarse de su alma y torturarla.

Lais se aproximó queda y lentamente.

Sus senos palpitaban; sangre de amor encendía las mejillas, y sus pies, al posarse temerosamente en el suelo, tenían estremecimientos de deseo.

Las esclavas danzaban sobre pieles de pantera, entonaban en voz baja las primeras estrofas de un himno á Venus.

La voz de las flautas parecía hecha de suspiros.

Dyonisios tembló de espanto, y sin volver la cara, apretando los ojos y los dientes, en un esfuerzo supremo de voluntad, como queriendo

ZARZA FLORIDA

ahogar en la exaltación de sus palabras la tentación de aquella música, salmodió desesperadamente:

—¡Misericordia, Señor, misericordia!

Los brazos de Lais se enroscaron á su cuello.

—¡Salve, Salve, Afrodita, hija de los mares, alma del mundo!— cantaban las voces femeninas en su júbilo triunfal, á compás de las liras y de las flautas.

Y la dulzura cristalina de su acento se perdía volando en el cielo sereno, con el primer cántico de las alondras.

—¡Salve, Salve, Afrodita, madre de Eros, corazón del Olimpo!— contestaban los hombres en un crescendo sonoro, golpeando frenéticos el cuero tirante de los panderos y agitando violentamente los tirsos cargados de dones.

Dyonisios se volvió lívido, con los ojos des-

FRANCISCO VILLAESPESA

encajados, en la locura de aquella aparición más precisa, más real que todas las visiones que antes le perturbaran.

Por su faz corría un sudor de palideces mortales.

En el temblor de sus brazos y en los estremecimientos convulsivos de todos sus miembros, se retorció el más espantoso y cobarde de los terrores.

Rechazó á Lais bruscamente, en un arranque de fiera acorralada por la jauría. Y no hallando otro refugio contra aquella diabólica tentación que se levantaba y corría hacia él, suplicante y amorosa, con los brazos tendidos y los ojos húmedos de lágrimas, se arrojó en medio de unas zarzas.

El sol se asomó al horizonte como para iluminar un misterio.

ZARZA FLORIDA

Las flautas enmudecieron de repente, y hasta el viento perfumado que descendía de las altas montañas se detuvo temblando.

La naturaleza entera se sobrecogía ante el estupor del milagro.

Lais cayó de rodillas, inclinándose en un humilde gesto de adoración, hasta besar la tierra.

De las manos aterrorizadas de los esclavos, se escaparon los tirsos...

Las zarzas donde el penitente se revolcaba se iban cubriendo de rosas, de rosas de sangre, cuyos pétalos luminosos se abrían lentamente á los sonos de una música inefable y misteriosa que bajaba del cielo.

FIN